

---

## CONFERENCIA XXIX.

### LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS...

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑOR (1), SEÑORES:

Al terminar nuestra última conferencia cantábamos con la Iglesia diciendo: ¡Oh feliz culpa que tal Redentor mereció tener! *Oh felix culpa quæ talem merit habere redemptorem.* La invasión del pecado es, en efecto, la que decide en los consejos de la sabiduría divina el plan magnífico de la encarnación reparadora, cuyos grandes rasgos os he mostrado y cuyos admirables y encantadores detalles estudiaremos muy pronto. Mas si es cierto que este plan fué inspirado por un amor misericordioso de nuestro Dios, ¿no parece que deberá ser ejecutado en la hora misma en que el género humano se hace pecador en la persona de su primer padre? El amor no sufre tardanza, y cuando ve al amado que tiene necesidad de su auxilio y de sus beneficios, allá va presuroso á socorrerle. Y si, pues, la encarnación ha de salvar al mundo, ¿no será necesario que prevenga los estragos del pecado? ¿Cuántos miserables van á perecer eternamente si el

---

(1) Su Eminencia el Cardenal Guibert, Mons. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes, y Mons. Carlos Motschi, abad mitrado de Mariastein (Suiza).

hijo de Dios retarda su manifestacion? Que venga, pues, en la aurora de los tiempos: nuestra desgracia lo pide, la armonia de la obra divina lo reclama; porque así como la obra de la naturaleza comienza por la perfeccion de Dios criador, así es justo que por la perfeccion del Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, comience la obra sobrenatural de la reparacion. Sin embargo, los dias, los años, los siglos van pasando y se renuevan, los hijos de Adan se extravian, se envilecen, se pierden, el mundo se trastorna, y el *hijo del hombre* no acaba de venir. ¿Qué misterio es este? ¿Es la negligencia del amor, que hace mentir la sabiduria? ¿Es la sabiduria que detiene el amor?

Tales son, señores, las cuestiones que presenta el gran maestro cuya doctrina vamos siguiendo (1). Escuchad su respuesta: «La sabiduria de Dios, dice Santo Tomás, regula todas sus obras; los tiempos están en su mano; ella dispone por su orden los sucesos. Debemos, pues, creer que para el más importante, y más sublime y más misterioso de los sucesos, ha escogido la época más conveniente. Nuestra limitada sabiduria preferiria el principio de los tiempos; la sabiduria divina espera su plenitud, según esta palabra de San Pablo a los Gálatas: *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere*» (2). ¡La plenitud de los tiempos! expre-

(1) Vease Sum. Theol. III, p. quaest. 1.ª a. 5. Utrum conveniens fuerit Deum incarnari ab initio mundi. Videtur quod, etc... 1, 2, 3.

(2) Sed contra est, quod dicitur Gal. IV. *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere, factum sub lege*. Ubi dicit Glos. quod plenitudo temporis est, quod praefinitum fuit à Deo patre, quando mitteret filium suum. Sed Deus sua sapientia omnia definit. Ergo convenientissimo tempore Deus est incarnatus. Et sic conveniens non fuit, quod à principio humani generis Deus incarnaretur. (Loco cit.)

sion luminosa y profunda que nos indica el momento preciso en que convenia realizarse los designios de Dios. Cuando el Verbo se hace carne, los tiempos se llenan, es decir, Dios consuma las obras de preparacion. Es una copa próxima á rebosar, que da á beber á su Cristo, el cual apura sus heces amargas, su leche y su miel. Quiero explicarme. Dios debia la larga demora de su encarnacion á nuestra libertad y á nuestro orgullo; hé aqui por qué los tiempos están llenos de errores, de crímenes y de deseos de la humanidad. Dios debia la larga demora de la encarnacion á la majestad de su hijo; hé aqui por qué los tiempos están llenos de promesas, de prodigios, de solemnes y beneficiosas catástrofes. Meditemos hoy estas dos verdades.

I.

«Porque el hombre habia pecado por orgullo, dice Santo Tomás, convenia que fuera humillado hasta reconocer la necesidad que tenia de un libertador. Hé aqui por qué Dios le deja por de pronto abandonado á las propias fuerzas de su albedrio en la ley de la naturaleza. Pero como no bastase la ley de la naturaleza para contenerle en sus desvarios, Dios le da la ley escrita; y como aun á pesar de la ley escrita continuaba agravando cada vez más sus pecados, estuvo bien que el hombre mismo, desfallecido, clamase por el divino médico que le habia de curar de sus males» (1). Tal es, señores, en lo que mira á nos-

(1) Non statim post peccatum conveniens fuit Deum incarnari. Primo quidem, propter conditionem humani peccati, quod ex superbia provenerat. Unde ex modo erat homo regenerandus, ut humiliatus recognosceret se liberatorem indigeret. Unde super illud Gal. III. *Ordinatus per angelos in manu mediatoris*, dicit Glossa: *Magno Dei consilio factum est, ut post hominis ca-*

otros, la divina economía del doloroso retardo que ha suspendido por más de cuarenta siglos la ejecución del decreto eterno de la encarnación. Yo veo en ella la mano de un Dios sabio y bondadoso hasta en sus severidades. Nosotros habíamos despreciado sus primeros beneficios, él no quiere ya imponernos gracia alguna. El propone; y respetando esta libertad de que nosotros abusamos para ofenderle, quiere esperar su aceptación y sus súplicas.

Por otra parte, el orgullo que nos había hecho caer, no estaba aún castigado por la experiencia, y los hijos de aquel que se había cegado de su propia excelencia, hasta creer que todo le era debido, podían engañarse en cuanto á la naturaleza de una reparación tan pronto ofrecida. El apresuramiento de Dios en levantar nuestra naturaleza tan luego de haber caído, ¿no podría parecer á esta primera generación, todavía vigorosa y embriagada de soberbia, dispuesto por una necesidad á la cual no podría sustraerse la omnipotencia, y en lugar de arrojarse confusa y arrepentida á los pies del Verbo encarnado, alzarse con su orgullosa frente para admirar en sí su propia perfección y engreirse con este sacrilego pensamiento: *Eritis sicut dii?* La tentación hubiera sido más fuerte que el hombre caído, privado de la abundante gracia que provenía de la justicia primitiva; ni se hubiera medido seguramente la distancia que separa la naturaleza apocada de la perfección infinita.

¿Por ventura no me he engañado? El orgullo

*sum non illico Dei filius mitteretur. Reliquit enim Deus prius hominem in libertate arbitrii in lege naturali, ut sic vires naturae suae cognosceret; ubi cum defecet legem accepit, qua data, invaluit morbus non legis, sed naturae vitio, ut ita cognita sua infirmitate, clamaret ad medicum, et gratiae quaereret auxilium. C. Summ. Theol. III p., quaest. 1.<sup>a</sup> art. 5.*

humano no sólo no apreciaría el don de Dios, sino que lo desdenaría; porque en el principio la naturaleza ignoraba la profundidad de su caída, y se sentía demasiado lozana y poderosa para presentir los desvarios y crímenes de que era capaz. Semejante á esos enfermos presumidos que llevan en su seno un gérmen de muerte y que, sin embargo, rehusan los auxilios del arte, mientras no se sienten abatidos por completo, la humanidad pecadora podía menospreciar la eficacia del remedio divino y volver inútiles las prevenciones de Dios, antes de comprender cuanto son apetecibles.

Cualquiera que fuese, señores, la actitud tomada por el orgullo ante una redención apresurada, era necesario que nos convenciésemos de que Dios es dueño de sus dones y que estos dones son indispensables para nuestra regeneración. Pues ¿y qué medio más seguro para traernos á esta convicción que la experiencia? La experiencia que, demostrándonos cómo por nuestra parte no somos más que vileza, demostraría las ilusiones insensatas de nuestra imaginación exaltada por la soberbia: la experiencia que, haciéndonos ver nuestra cordatez intelectual, nos haría sentir la necesidad de un maestro lleno de las luces del cielo; la experiencia que, presentando al desnudo nuestra corrupción moral, nos forzaría á implorar los auxilios y la asistencia de un médico divino; la experiencia que aceptaría el beneficio de Dios con tanta más resolución y fé, cuanto más impaciente lo había esperado; la experiencia que, sin hacernos merecer este beneficio, nos haría menos indignos de él, permitiéndonos expiar con nuestros humildes deseos el orgullo que fué el principio de nuestra desventura.

Indudablemente la justicia, la sabiduría y la bondad de Dios, habían de querer esta ex-

periciencia; hé ahí por qué el misterio de la Encarnación reparadora se ha retardado hasta que los tiempos estuvieron llenos de nuestros errores, de nuestros crímenes y de nuestros deseos.

Si os veis tentados, señores, de no ver en estas razones de la dilación de la Providencia más que hipótesis sutiles, imaginadas por la teología para explicar una incomprensible negligencia del gobierno divino, prestad atención, os ruego, á los orgullosos clamores que aun hoy lanza la razón, después de diez y ocho siglos de luces y de gracias. ¿No repite ella en provecho suyo el oráculo pérfido y mentiroso que engañó á nuestros primeros padres: *Eritis sicut dii*? ¿No lleva su pretensión hasta decir que las evoluciones de la naturaleza han hecho al infinito formar conciencia de sí mismo en lo finito? ¿No se ha atrevido á rebajar la sublime realidad de nuestros misterios á la condición de un puro símbolo de progresos que ella realiza con sus propias fuerzas? ¿No se cree capaz de tomar posesión de toda verdad y de cumplir por sí misma toda especie de bien? ¿No considera toda verdad de Dios, toda revelación de Dios, toda redención por Dios, como superflua, inútil, humillante para la dignidad humana? Ceguedad espantosa que, según os hice notar el año pasado (1), se aprovecha, sin querer darse cuenta, de la penetración de las luces y de las gracias de la encarnación, de que ahora gozamos en el ejercicio de nuestras facultades intelectuales y morales, y que al mismo tiempo olvida la larga y vergonzosa experiencia que la humanidad ha hecho de su débil poder. Yo no la excusaría, pero me explicaría esta ceguedad, si la naturaleza no hubiera ensayado sus esfuerzos. Pero he-

(1) Véase la conferencia XXIV. La acción de la gracia, 1.ª parte.

chos ya todos sus ensayos, nada me queda que recordar, y las pretensiones del racionalismo suenan á mis oídos como una siniestra bufonada dirigida al género humano. Si queréis saber de lo que es capaz el hombre, salid de la contemplación de vosotros mismos, retroceded los siglos hasta el día bendito en que los ángeles anuncian al mundo la grande nueva; penetrad con vuestra mirada en el abismo de los tiempos; ¿qué veis? ¡Ah! El Apóstol ha dicho bien: Los tiempos están llenos... *At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum.*

Los tiempos están llenos de errores. Las sublimes lecciones del Eden sólo por una edad han podido contener la razón impaciente de sacudir el yugo de la enseñanza divina y de correr por sí sola las peligrosas aventuras de un libre exámen. Mientras la noción del verdadero Dios se oscurece, y la sombra envuelve los conocimientos fundamentales de nuestro origen, de nuestra naturaleza, de nuestros deberes, de nuestros destinos: mientras el pueblo se mantiene, por todas partes, de tradiciones desfiguradas; la ciencia se esfuerza en reconquistar la verdad que las pasiones cubren de tinieblas; quiere hacerse un Dios, pero este Dios no es más que una mezcla confusa de todos los seres, un conjunto ridículo de todas las contradicciones; un espíritu que es materia, una infinidad que progresa, una inmensidad que se mide, una eternidad que pasa, una perfección suprema sobre la cual recae la responsabilidad de todos los crímenes. Este Dios es un principio impotente que divide con el mal eterno el imperio soberano de las cosas. Este Dios es una mónada, solitaria y abstracta; un número árido, cuyas misteriosas evoluciones no puede concebir el espíritu. Este Dios es una causa ineficaz que trabaja y no puede dar el sér á la materia. Este Dios es un monarca egoísta que se en-

cierra en su palacio, para gozar allí de su gloria, y deja marchar el mundo á los caprichos del azar. Este Dios es un hado cruel que ahoga la libertad, y cierra sus oídos á las súplicas de la humanidad. Este Dios es el sér de razon que se llama naturaleza. Este Dios es la materia infinita, eterna, subsistente por sí misma, y extrayendo de su vasto seno todas las existencias.

Y ¿qué es el hombre? ¿de dónde viene? ¿Quién lo sabe? Las tradiciones le dan un padre de quien los mismos dioses han recibido la vida. Pero el Dios todo es infinito en sus manifestaciones; pero el Océano es una fecunda matriz que contiene los gérmenes de todas las cosas; pero el torbellino eterno está cargado de átomos que se agitan, se encuentran, y se transforman al acaso.

¿Qué somos nosotros? Aquí unos brutos, allá unas particitas de lo infinito. Hoy no tiene el hombre más que un alma, mañana tiene tres. Para éste el alma es un espíritu, para aquél no es más que una agregación de átomos, para el otro un fuego sutil cuya tensión es indefinida.

Sea que nazca de la cabeza, del pecho ó del muslo de un Dios, sea que los ciegos hados ó la caprichosa fortuna lo hayan dividido, el género humano se compone de castas distintas y envidiosas que jamás se han de mezclar.

¿Qué debemos nosotros hacer? Este quiere que yo contemple el bien; aquel, que me deje llevar á la buena ventura; uno me manda favorecer la tensión del fuego sutil; otro me aconseja que ordene mis sensaciones, que mida el placer por la fuerza de mi temperamento, que haga consistir toda mi moralidad en la voluptuosidad. La más sábia filosofía exagera el honor de la virtud en provecho del orgullo, mientras la voz del pueblo me invita á seguir

el ejemplo de los dioses que la pasión ha fabricado.

¿A dónde vamos? ¿A perdernos sin memoria y sin conciencia de nosotros mismos en el infinito? Acaso! ¿A rodar sin fin de un cuerpo á otro, siempre perseguidos en nuestras transmigraciones por nuestra imperfección? Acaso! ¿A tomar posesión de un paraíso sensual que no será otra cosa que la prolongación de nuestras felicidades terrenas? Acaso! ¿A sumirnos miserablemente en el abismo de la nada? Acaso! ¿Acaso! ¿Para qué, pues, buscar tanto la verdad, si todo se puede afirmar y negar? No pudiendo saber nada, de todo dudamos, hasta de nuestra misma duda (1). ¡Oh verdad santa, cómo te veo atormentada, mutilada, desfigurada! Sin embargo, no creais, señores, que haya sido desterrada del mundo. Dios le ha dado un asilo en su pueblo; el génio la busca en sus lucubraciones, y hasta en los lugares en que más la cubren de manchas y llagas, el alma recta y sincera puede aún reconocer algunos de sus destellos divinos. Ella subsiste para acusar ante el tribunal de Dios á los degenerados é insensatos que la han abandonado; pero no reina ya. Entregado á sí mismo el espíritu humano ha dejado triunfar el error de que los tiempos están llenos.

El crimen engendra el error, el error llama al crimen. Por eso, señores, tan llenos como están los tiempos de errores, lo están igualmente de crímenes.

Mirad lo que nos dice la historia. El Dios de los dioses, el Señor de los señores, el Criador y la Providencia del mundo no encuentra

(1) Véase para mayor desarrollo de estos errores: *Introducción al dogma católico*, tomo I; Apéndice: *Golpe de vista sobre los principales errores filosóficos*.

por todas partes sino religiones inhospitalarias, ídolos infames. No solamente los astros puros que nos prodigan su luz y las criaturas violentadas que un culto sacrilego ha arrancado de su reposo y de su obediencia natural, sino que los mismos vicios elevados bajo figuras humanas á los honores de la apoteosis, los vicios incensados y adorados, el adulterio, el incesto, la glotonería, la destemplanza, el robo, el fraude, el orgullo, la cólera, la violencia y la crueldad, y cuantas pasiones execrables hay en las entrañas del hombre, son otros tantos dioses que el hombre invoca para obtener su criminal asistencia (1), otros tantos dios-

(1) Hé aquí algunos ejemplos de las plegarias que á sus dioses dirigian los poetas del paganismo:

«¡Oh, si tristes y ricos funerales  
Hicieran ver que un tío que yo tengo  
No vive ya la vida de mortales!  
¡Oh, si bajo el rastrillo que sostengo  
Resonaran tesoros escondidos  
De algun varon de fulgido abolengo!  
¡Que no pudiera yo, dioses queridos,  
Borrar el nombre de este débil niño  
Y heredar sus dineros recogidos!  
Ya veis cuán bilioso es, cuán sin cariño.»

..... O  
Ebullit patral praeclearum funus! Et o si  
Sub rastris crepet argenti mihi seria, dextro  
Hercule! *U*spillumve utinam quem proximus haerens  
Impello, expungam! namque est scabiosus et acris  
Bili tumet!

(Persae, Sat. II. De bona mente.)

Laverna hermosa, da engañar al mando,  
Y dame aparecer cual justo y santo,  
Cubre mis fraudes con sombrío manto  
Y mis pecados con pavor profundo

(Horat. I Ep., XVI.)

«A los Dioses inmortales  
Resuena en todos los tiempos  
El eco de mi plegaria

ses que el hombre glorifica con una vergonzosa imitacion de sus infamias (1). La teurgia, la mágia, las artes diabólicas, las supersticiones tenebrosas y malélicas tenidas en honor por todas partes: la oscuridad de las iniciaciones y de los misterios, santificando la orgia y la prostitucion: en lugar de cabritos y becerros, el hombre degollado por su semejante sobre el altar de celestiales bebedores de sangre; el enemigo convertido en hostia y sacrificado en las hecatombes: los sacerdotes engañando al pueblo: los filósofos ocultándole la verdad: la naturaleza ultrajada todos los dias y en todos los lugares con impurezas que apenas se pueden recordar ni escribir sus nombres en las páginas insensibles de la historia. En la familia; el padre trasformado en tirano; la mujer olvidada, arrastrada, deshonrada, maltratada, repudiada, vendida segun los caprichos de su señor, sin respeto á su dignidad de madre: el niño que acaba de nacer, tentado como un animal, y si no promete robustez, condenado

Para pedirles contento,  
Porque aumenten mis riquezas  
Para que en el foro entero  
Sea mi arca la primera  
Entre todas las del pueblo.»

Primo fero vota, et cunctis notissime templis,  
Divitiarum ut crescant, ut opes, ut maxime toto  
Nostra sit arca foro.

(Juvenal, Sat. X, Voz.)

(1) ¿Por qué el Dios eternal en un momento

Del rayo con la fuerza victoriosa  
Le bóveda rasgó del firmamento?  
Para asustar á la mujer medrosa.  
Yo, débil hombre, tal no hiciera.

Sin embargo, lo haré con paz gozosa.»

«At quem Deum? qui templa coeli summa sonitu concutit  
Ego homuncio hoc non faxim! Ego vero illud fecerim libens.

(Terent., *Eunuch.*, Act. III. sc. VI.)

sin piedad á la muerte por el brutal ciudadano que le dió la vida; el esclavo tratado como una bestia de carga, á merced del mal humor ó de la embriaguez mal dormida que lo envia al matadero, á las gemonias ó á los viveros. En la sociedad; la guerra sin derecho de gentes, entregando en manos de los vencedores naciones enteras y legitimando toda suerte de crueldades; incendio y destruccion de ciudades, devastacion de campos, trasformados en desiertos, matanza de niños, violacion de mujeres, carniceria de prisioneros, esclavitud de reyes, llevados, cadena al cuello, tras el carro de los triunfadores; el orgullo de casta complaciéndose en humillar y oprimir á los pequeños; la exaccion consumiendole las provincias; la usura devorando los ahorros del ciudadano, el salario del artesano, el pan del pobre; el pobre detestado, despreciado y barrido como una inmundicia; la riqueza sin medida, al lado de la miseria sin alivio; el incentivo á la disolucion hasta el punto de tomar espantosas proporciones; el pueblo ávido de combates sangrientos convertidos en escenas de placer; y sobre todo, los reyes jamás satisfechos de una dominacion sin leyes y sin freno, los reyes usurpadores sacrilegos del poder, y de los honores debidos á solo Dios, los reyes pidiendo incienso y ordenando dar culto á sus estatuas.

¡Cuántos crímenes, buen Dios! Y lo peor es, señores, que estos crímenes no son hechos particulares reprobados por costumbres generales, sino hábitos trasmitidos de nacion en nacion, y desarrollados licenciosamente bajo el triple patronato de la opinion, de las leyes y de la religion.

En este abismo de iniquidad ha arrojado el pueblo judío sus prevaricaciones. Dios lo ha separado de los gentiles, y le ha dado una ley

santa para preservarlo de la corrupcion. El, siempre protegido, siempre bendecido, siempre consolado, siempre salvado, multiplica sus ingratitudes. El murmura, se queja, olvida las promesas, desprecia las amenazas, mezcla su sangre con la sangre de los extranjeritos, abandona el templo, corre á los bosques sagrados, sacrifica en los lugares altos, inmola sus hijos á divinidades crueles, imita las infamias de las naciones y despues de haber llorado los reyes santos, se echa en brazos de mónstruos que los Profetas maldicen y que la ley excomulga. Quisiera uno poder descansar en él, y consolarse contemplándolo, despues del horror que causa el género humano; pero no, él llena la medida y es preciso decir: ¡Oh, si, los tiempos están llenos de crímenes!

¡Enorgulleceos, pues, con esta experiencia, y creed aún en la omnipotencia de la razon! Pero preguntais, sin embargo, si Dios no se ha engañado, si queriendo dar una leccion á nuestro orgullo, no ha llevado la humanidad á la desesperacion. No, señores. En el fondo del alma humana hay siempre un fondo de rectitud que la alienta en su miseria y la invita á humillarse. Con la ayuda de las promesas divinas y de las tradiciones, ella puede en tan universal naufragio cogerse con el deseo al cable salvador que la ha de sacar de los abismos del error y del vicio. La esperanza de un libertador ha bajado del cielo al mismo tiempo que la maldicion condenaba la mujer á alumbramientos dolorosos. Esta es la esperanza en que se afirman las almas espantadas por las sombras de muerte que se ciernen sobre el género humano. Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, todos los patriarcas anhelan ver el dia del Señor (1). Los verdaderos israel-

(1) Abraham exultavit ut videret diem meum. (Joan, cap. III, 56)

litas miran con piadosa ansiedad al porvenir y lanzan ardientes suspiros. Sorprendidos por la muerte, no por eso se creen engañados, sino que cierran sus ojos con la dulce confianza de que un día el enviado de Dios, el libertador, vendrá a visitar su tumba, y tocará con mano bondadosa sus huesos demolidos, sus cenizas olvidadas. Prestad atención a las humildes y conmovedoras expresiones de sus deseos: «Señor, dicen, esperando estamos al que nos ha de salvar (1). Arma tu poder y ven (2). Muéstranos tu adorable cara, y seremos salvos (3). Ten misericordia de nosotros, que te esperamos (4). Miranos, Señor, pueblo tuyo somos todos (5). ¡Oh! si rasgaras los cielos y descendieras a nosotros (6). Derramad, cielos, vuestro rocío y lluevan las nubes al justo (7). Abrase la tierra y germine al Salvador (8). Envía, Señor, el cordero que ha de dominar la tierra (9). Pronto vendrá y no tardará (10). Este es nuestro Dios, le hemos esperado y nos salvará» (11). Semejantes a esos murmullos, a esos ruidos, a esas explosiones de voz que animan la naturaleza al despuntar la aurora, las súplicas se hacen cada vez con más instancia á medida que los tiempos avanzan. Los deseos llegan al colmo cuando el anciano Zacarías entona su *Benedictus*.

(1) *Salutare tuum expectabo Domine.* (Gen., cap. XLIX.)

(2) *Excelsi potentiam et veni, ut salvos facias nos.* (Psalm. LXXXIX.)

(3) *Ostende faciem tuam et salví erimus.* (Ibid.)

(4) *Miserere nobis, Domine, misere nobis.* (Job., cap. VIII, 10.) *Domine miserere nostri, te expectavimus.* (Is., cap. XXXIII, 9.)

(5) *Ecce respice, populus tuus omnes nos.* (Ibid., cap. LXXIX, 9.)

(6) *Unam dirumperes coelos et descenderes.* (Ibid., cap. LXIV.)

(7) *Rorate coeli desuper et nubes pluant justam.* (Ibid., cap. XLV, 8.)

(8) *Aperiatur terra et germinet salvatorem.* (Ibid.)

(9) *Emitte agnum, dominatorem terrae.* (Ibid. cap. XVI, 1.)

(10) *Veniet et non tardabit.* (Habacuc, cap. II, 3.)

(11) *Expectavimus eum, et salvabit nos.* (Is. cap. XXV, 5.)

No creais, señores, que estos deseos sean tan propios del pueblo de Dios, que el resto de la tierra los ignore. Israel tiene más esperanza, es cierto, porque sus promesas son más ciertas y precisas; pero también en los otros pueblos de la tierra se nota una agitación santa; todos pasan los siglos esperando. El oriente y el occidente claman por un salvador. Las grandes ciudades, las estepas solitarias, los bosques salvajes, las islas apartadas y los lejanos continentes esperan su venida. Los chinos miran al occidente de donde ha de venir «el verdadero santo enviado de Dios, el santo que sabrá todas las cosas, y tendrá todo poder en el cielo y en la tierra» (1). Los indios cuentan con una encarnación de Viehnu para reparar los males hechos por Haly, antiguo dragón (2).

Los egipcios saludan de lejos al hijo de la mujer que ha de amansar la rabia de Tyfon (3). Los persas, enseñados por los magos, escuchan la palabra que viene del primer principio, y cuyo nombre es *yo soy*. Este es Mithra, mediador entre Ormuzd, de quien recibe las órdenes, y los hombres que están confiados á su cuidado; Mithra, el vencedor del principio malo Ahriman, Mithra el libertador que nacerá de una virgen (4). Los mejicanos y los escandinavos esculpen en la roca viva y en los monumentos la figura del Dios que ha de aplastar la gran serpiente (5). Los druidas de la Galia

(1) *L'Invariable millea*, traducido por M. Remusat, nota p. 144-145.—*Morale de Confucius*, núm. 196.

(2) Dubois, t. III, 3.<sup>a</sup> part., pág. 433.

(3) Plutarco. *De Isis et Osiris*, núm. 24.

(4) Anquetil-Duperron. *Système mythologique des magis; Mémoires de l'Académie des inscriptions*, t. LXI, p. 298-299. Plutarco. *De Isis et Osiris*, núms. 41, 42, 43. D'Herbelot. *Bibliothèque orientale, art. Zardascht*.

(5) A. de Humboldt, *Vue des Coralliers*, t. I, p. 235-236. Malles. *Voyage en Noruegue*.



levantan una estatua y un altar á la Virgen cuyo hijo esperan. La Grecia espera también á un vástago de Apolo que traerá un reinado de justicia (1), á un Dios, hijo amado de un padre enemigo, el cual se ofrecerá á suceder en los padecimientos de Prometeo, figura del género humano castigado por la cólera divina (2). La esperanza, que los poetas reaniman, Platon la confirma. «Debemos esperar, dice por boca de Sócrates, que alguno veaga á enseñarnos de qué manera hemos de conducirnos con Dios y con los hombres:» á lo cual responde Alcibiades: «¿Cuándo vendrá este tiempo? ¿Quién nos enseñará estas cosas? Tengo un deseo ardiente de conocer á ese alguno» (3). En fin, en los umbrales de la Edad nueva, Virgilio canta en estos términos la esperanza del universo:

«Llegó por fin la hora postrimera  
Del fasto mundo que en el templo sacro  
De Cumas resonó. Ya de los siglos  
La gran revolución, la séria nueva  
Comienza ya á emprender otra carrera.  
Del encumbrado cielo al mundo baja  
Nuevo nacido... que en el alto seno  
De la divinidad tomara aliento.  
Y que verá alternar sin extrañeza  
Los altos dioses con los grandes héroas,  
Y el mismo brillará muy sobre todos  
Cual héroe y cual Dios: al mundo entero  
En paz ya puesto por los patrios hados  
Dictará sábias leyes su gobierno...  
Hora es ya de venir, ya los honores  
Es tiempo de aceptar á ti debidos,

(1) Boulanger. *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, sec. X, p. 116.

(2) Esquilo, *Prometeo encadenado*, Plutarco, en su *vida de Pompeyo*, nos ha conservado el verso de la 3.<sup>a</sup> part. de la *trilogía* de Esquilo. *Prometeo rescatado*, en que este último llama á su salvador: *el amado hijo de un padre enemigo*.

(3) Sócrates. *Alcibiades*, II.

(Plat. Alcib. II.)

¡Oh, preciado lijo de los almos dioses!  
Vástago ilustre del eterno Jove.  
Mira ante ti, los astros te saludan:  
La tierra, el bello cielo, el mar profundo;  
No quieras retardar la alegre entrada  
Del siglo de oro porque espera el mundo (1).

Dios ha logrado su objeto, señores. Quería humillar nuestro orgullo mediante una larga experiencia de nuestras miserias intelectuales y morales y hacer que nuestra libertad concurrese voluntariamente al cumplimiento de su obra reparadora. Para esto no necesitaba Dios de otra cosa que de tiempo, y al efecto dejó que trascurriesen cuarenta siglos. No pertenece, no, á nuestra vacilante sabiduría juzgar estas medidas y decir: demasiado ha durado la experiencia; el Libertador se hizo aguardar demasiado. Intimamente debemos estar convencidos de que la sabiduría divina forma sus cálculos cual conviene. El mundo está lleno de errores; Dios va á iluminar el mundo, no haciendo imposible el error, sino haciendo que la doctrina de su *Verbo* funde tales resplandores, que donde quiera que ella penetre las sombras de la muerte queden disipadas y no pueda el error manifestarse sino con ese irritante caracter de insania y de malicia que le impedirá prescribir y universalizarse.

El mundo está lleno de crímenes; Dios va

(1) Ultima Cumaei venit jam carminis aetas,  
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo,  
Jam nova progenies coelo dimittitur alto...  
Ille Deum vitam accipiet, divisque videbit  
Permixtos heroes, et ipse videbit illis;  
Facatumque reget patris virtutibus orbem...  
Aggredere o magnos, aedit jam tempus, honores,  
Cara Deum soboles, magnam Jovis incrementum!  
Adspice convexo nutantem pondere mundum,  
Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum;  
Adspice ventura latentur ut omnia saeculo.

á curar las enfermedades del mundo, no porque vaya á encadenar todas sus pasiones ni á sofocar todas sus explosiones culpables, sino porque la ley santa de su Hijo, sus ejemplos, las virtudes de sus justos, purificando la atmósfera moral en que respira la conciencia y se mueve la libertad, tendrán un tal peso ante las costumbres públicas, que arrebatarán al crimen la triple proteccion que lo inoculaba en el corazon de las naciones. Los tiempos están llenos de deseos; Dios va á satisfacer las exigencias de los tiempos, no porque otra obligacion le fuerce más que la infalibilidad de sus promesas, sino porque se digna tener en consideracion las humildes súplicas de los miserables que le imploran. Haciéndonos desear su encarnacion, el Verbo libertador nos revela la grandeza del don de Dios: dejando al error y al crimen tiempo para multiplicarse, nos prepara una manifestacion más solemne de su poder y de su amor. Esto bastaria para justificar la conducta de la Providencia; pero yo, señores, quiero que esta justificacion sea completa. Meditemos, pues, juntamente este segundo pensamiento: Dios debía retardar la encarnacion para más ensalzar á su hijo; y hé aqui por qué los tiempos están llenos de promesas, de prodigios, de grandes y saludables catástrofes.

## II.

«Se observa, dice Santo Tomás, que los actos típicos por los cuales lleva Dios las cosas á la cumbre de su perfeccion siguen un órden progresivo de lo ménos perfecto á lo más perfecto» (1). La creacion no fué hecha toda de un

(1) Non fuit conveniens statim post peccatum Deum incarnari... propter ordinem promotionis in bonum secundum quem ab imperfecto ad perfectum progreditur. (Summ. Th. III p. q. 1.ª a. 5.)

solo golpe; á la materia informe sucedió la materia ordenada; en la materia organizada tuvieron lugar las primeras señales de vida; y la vida, ruidinaria y oscura en un principio, fué poco á poco desarrollándose y perfeccionándose hasta formar los reinos, los tipos, las familias, los géneros y las especies. Por más que la ciencia no haya podido medir hasta ahora con exactitud el tiempo de la accion creadora, ni definir todas las trasformaciones de que fué sugeto el mundo antes que Dios le juzgase digno de servir de palacio al rey de las criaturas, no nos deja, sin embargo, género alguno de duda sobre la verdad de una larga y paciente operacion que procedió con sabia tardanza para hacernos seguir y admirar sus progresos. Todo es perfecto cuando el hombre va á aparecer; todo está bien hecho cuando va á tomar posesion del mundo: *Cuncta sunt valde bona.*

Ahora bien, señores, si por consideracion á la dignidad del hombre, creyó Dios conveniente proceder con lentitud en la preparacion de su morada; si en un mundo en donde nadie podia disputar el imperio, plugo al Todopoderoso multiplicar por grados los ensayos y las promesas de esta vida más elevada y más noble que estaba llamada á reinar sobre las otras vidas; si juzgó que los cataclismos eran necesarios para colocar el trono y extender el dominio de su criatura privilegiada, ¿qué no creeria Dios conveniente á la majestad de su Hijo? Introducirlo en el mundo de una manera súbita y como por sorpresa, era desatender su grandeza no ménos que el órden acostumbrado de los actos providenciales. Para la venida del Verbo encarnado necesaria era una preparacion que estuviese en armonia con la dignidad de su persona y con la importancia de la obra que debía cumplir. Como al sol de

la naturaleza preceden una alba tímida que emblaquece el horizonte, y una risueña aurora cuyas purpúreas tintas coloran las nubes del cielo y las crestas de las montañas, del mismo modo el sol de la gracia debía ser precedido de un alba, la era patriarcal, y de una aurora, la edad profética.

Si los reyes de la tierra hacen marchar delante de sí correspondencias y heraldos, y avanzan acompañados de pomposo cortejo, el rey del cielo no podía presentarse sin avisar antes al mundo de su llegada por medio de figuras y oráculos, y sin enviar delante de sí un numeroso cortejo de personajes ilustres que recibieron de la gracia ciertas como señales, presagios de la futura grandeza de aquel que vendría en pos de ellos. En fin, si el mundo material fué tan poderosamente y por tan largo tiempo preparado para ser digna mansión del hombre rey á quien fué dicho: *Domini namini et subijcite*, ¿cómo es posible creer que el mundo moral no hubiera de ser en modo alguno dispuesto y trabajado para pasar á la dominación del Hombre-Dios á quien dijo el Señor: Yo te daré en herencia las naciones: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam?* (1).

Aun cuando sólo en sí misma considerásemos la dignidad del Hijo de Dios, ella nos explicaría suficientemente la tardanza de la encarnación (2); pero la necesidad de una demora en la venida del Hombre-Dios aparece más clara si la miramos relacionada con nuestra razón. En efecto: era preciso proponer al

(1) Psalm. II.

(2) Non fuit conveniens statim post peccatum Deum incarnari... Propter dignitatem Verbi incarnati, quia super illud Gal. 4: *At ubi venit plenitudo temporis*, dicit Glossa. (Aug. Tract. 31 in Jo. ante medium.) Quanto major Index veniebat, tanto praeconium series longior praecedere debebat. (Summ. Theol. III p., q. 1.<sup>a</sup>, a. 5.)

género humano la fé envuelta en un misterio profundo é incomprensible, hecho todavía más impenetrable, más profundo, y, no temo decir, más repugnante, por la muerte del Redentor, sus humillaciones y sufrimientos. Una aparición súbita, un inesperado testimonio, ¿bastarían para esta obra tan difícil? Bien sé que á Dios no le faltan recursos, y que puede mover secretamente las almas para atraerlas á su Hijo; pero no ignoro tampoco que Dios respeta la libertad del hombre, y que ofrece á su razón una prueba irrecusable, que, sin hacerle comprender el misterio, le da completa seguridad de que se ha cumplido. De esta manera Dios compromete fuertemente nuestra responsabilidad, sea en la aceptación, sea en la resistencia, y su Hijo no arriesga una falsa entrada que comprometería su dignidad.

Pues bien, señores, la sola tardanza de la encarnación permite á Dios presentar esta prueba irrecusable que debe convencer nuestra razón antes que la fé la prosterne ante el misterio adorable que en la misma encarnación se encierra. En el vasto campo de los siglos siembra Dios sus oráculos, dirige y hace converger hácia su Hijo todo el movimiento sagrado de la inspiración. Este movimiento progresa á medida que se deslizan los tiempos, y cuatro siglos antes de la hora bendita de la aparición nada falta al cuadro profético de la persona, de la vida, de la obra, y de los triunfos del Verbo redentor.

La humanidad espera una manifestación grandiosa. Si el Hijo de Dios no es reconocido como tal, culpese en buena hora á la ceguera de las pasiones, pues Dios hizo de su parte todo cuanto era posible para introducir en el mundo una tan grande majestad. Los oráculos son numerosos; tanto mejor: su confrontación con la realidad prometida los hará

más convincentes. Los oráculos están á larga distancia colocados en la escala de las edades; tanto mejor: más imposible será descubrir en su admirable enlace y conexión relaciones naturales. Para impedir la dispersion de estos oráculos, Dios, mediante íntimas y maravillosas intervenciones, conserva ese pueblo al cual los confiara en depósito. Para extenderlos y propagarlos permite conflictos, trastornos, desastres, los cuales, mezclando los hijos de Jacob con los de las demás naciones, dan ocasion á éstas de esclarecer sus demasiadas vagas esperanzas, y de corregir sus desfiguradas tradiciones. En fin, para asegurar el cumplimiento de sus promesas, hace Dios que suceda á la dominacion de todos los imperios, el reinado universal de un pueblo, cuya capital vendrá á ser la cabeza del imperio de su prometido. Una vez más os digo, señores; mirad los tiempos. Por consideracion á la dignidad de su Hijo, Dios los ha llenado de sus preparaciones; llenos están de prodigios, llenos de promesas, llenos de solemnes y saludables cástrofes.

San Pablo dice, hablando de sus mayores: *Omnia in figuris contingebant illis* (1). «Todo lo que les acontecia eran figuras.» Los hombres, las mujeres y los hijos, los profetas y los taumaturgos, los sacerdotes y los reyes, los guerreros y los legisladores, las glorias y los oprobios, la esclavitud y la libertad, los monumentos y los sacrificios, todo es figura en la historia hebráica, todo está animado de un soplo extraño, todo profetiza. El justo Abel, primera victima del odio envidioso de un hermano, es el gran justo inmolado por un pueblo, del cual tomará su sangre, sólo porque

(1) Corint., cap. X, 11.

Dios habia puesto en ese justo sus complacencias. Noé, constructor del arca y salvador del género humano, es el fundador de la Iglesia, abierta á todos los que quieren huir del diluvio de iniquidades en que se sumerge el mundo. Melquisedec, cuyo nacimiento no se puede contar, y que ofrece á Dios el pan y el vino en sacrificio, es el sacerdote eterno cuya generacion se pierde en el seno de Dios, y que sustituye á los sangrientos holocaustos un pan y un vino misteriosos trasformados en carne y en sangre glorificadas. Abraham, padre de una familia innumerable, es el Cristo divino, tronco de la familia cristiana. Isaac, cargado con la leña para su propio sacrificio, es el Salvador encorvado bajo el peso de la cruz. Jacob, poderoso ante Dios, es el mediador, cuya omnipotente intercesion aplaca la cólera divina. José, engañado, vendido por sus hermanos y salvador de un pueblo extranjero, es el dulce Jesús, á quien hizo traicion uno de los hombres de su paz, y que llamó á los gentiles para que en compania de los hebreos se dividiesen la herencia de salud. Moisés, salvado de las aguas, legislador del pueblo santo, el más grande de los profetas de la ley antigua, es el divino niño, á quien una madre virgen preservó de los furores de un rey ambicioso, el Verbo redentor, el autor de la nueva alianza, el Señor que hace descender de las alturas de su humanidad una ley inmaculada, el Mesías profetizado y más que profeta. Aaron, príncipe del sacerdocio, es el sacerdote augusto de cuyas manos recibe el sacerdocio católico su benéfico y humilde poder. Sanson, triunfando de la muerte, es el mártir del Gólgota, vencedor con su sangre del pecado y del inferno. David, elevado de la abyeccion á un rango supremo, es Aquel de quien dijo el Apóstol: *Vidimus Jesum per passionem glóriæ et ho-*

*nore coronatum* (1). «Hemos visto a Jesús en virtud de su pasión coronado de gloria y honor.» Los profetas martirizados por defender sus vaticinios, eran la figura de Aquel que siendo testigo de los misterios de Dios, pagó con su vida la predicación de la verdad. Israel probado por crueles infortunios y animado siempre de admirables esperanzas, es la Iglesia, pueblo y reino de Jesucristo. Todo vive del porvenir, todo habla del porvenir, todo figura el porvenir: *Omnia in figuris contingebant illis*.

Mas las figuras son tan sólo promesas imperfectas que no se pueden ver en plena luz hasta despues que aparece la realidad. Todas ellas juntas no pueden llenar los siglos. Hé aquí los oráculos; no anuncios inciertos y equívocos que se dejan oír a largos intervalos, sino anuncios ciertos, precisos, continuos, que llaman de antemano la atención y trazan en rasgos luminosos toda la vida del libertador esperado. El padre del linaje humano oye una palabra de esperanza; la serpiente es maldecida, el hijo de la mujer triunfará de sus embustes; el Prometido de Dios saldrá del linaje humano (2). «En ti y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, se dijo a Abraham, a Isaac y a Jacob» (3). Ahora bien, los pueblos han rehusado la luz; el Prometido bajará sobre el corazón de un pueblo fiel; pero ¿qué tribu de este mismo pueblo heredará la promesa?—«Judá, tus hermanos te alabarán, porque de ti saldrá El que ha de ser enviado» (4). El Prometido será, pues, hijo de Judá; pero iluminadnos siempre, oh divino Espíritu, que inspirais a los profetas, decidnos,

(1) Ad Hebr., cap. II, 9.

(2) Gen., cap. III, 15.

(3) Gen., cap. XII, 3.—cap. XXVI, 4. C. XXVIII, 14.

(4) Ib., cap. XLIX, 8, et seq.

¿qué familia en Judá hará pasar su sangre a las venas de Aquel que ha de venir?—«Una vez juré por mi santidad, no mentiré a David; su linaje permanecerá eternamente» (1). Levantaré para David un vástago de justicia, y será llamado el Señor nuestro Justo» (2). Todo esto se ha dicho sobre su descendencia. El Prometido será hijo de la humanidad, de la raza escogida de los patriarcas, de la tribu bendita de Judá, de la familia real de David. Pero, más luz aún, oh santos profetas, más luz, más luz. ¿Cuándo vendrá el Prometido? Escuchad, señores: «No será quitado de Judá el cetro y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y El será la expectación de las gentes» (3). El segundo templo será testigo de su presencia y de sus obras (4). Contad setenta semanas de años a partir desde el edicto de los persas para la reedificación del templo de Jerusalem, deteneos treinta y tres años antes de la mitad de la última semana y caed de rodillas ante una cuna: allí es donde reposa el enviado de Dios.—¿En dónde está, pues, esta cuna? (5). «Oh tú, Belem, tú eres un pueblo pequeño entre los millares de Judá; sin embargo, de ti saldrá el dominador de Israel, y su salida desde el principio, desde los días de la eternidad» (6). Nace en Belem, pero ¿cómo nace? «Maravilla inaudita, la mujer llevará al hombre en su seno» (7).—Hé aquí que la Virgen concebirá y parirá un

(1) Psalm. LXXXVIII.

(2) Jerem., cap. XXXIII, 5, 6.

(3) Gen., cap. XLIX, 10.

(4) Agg., cap. II, 4, 10.

(5) Dan., cap. IX, 21 et seq.

(6) Mich., cap. V, 2 et seq.

(7) Jerem., XXI, 22.

hijo y será llamado Emmanuel (1). ¿Qué llegará á ser este prodigioso niño? «Dios envía un ángel delante de él para prepararle su camino (2). Hace oír por vez primera en los confines de Zabulon y de Nephtali su palabra bendita (3). Viene á cumplir la voluntad de aquel que le envía (4).—No quiebra la caña ya cascada, ni apaga la mecha que humea (5);—predica los preceptos del Señor (6);—es el doctor de la justicia (7);—hace con Dios un nuevo contrato de alianza (8). Hace ver á los ciegos, oír á los sordos, caminar á los cojos, hablar á los mudos; sana las manos imposibilitadas, y sostiene las rodillas débiles (9).—El despierta á los que duermen el sueño de la muerte (10);—es profeta como Moisés que no tuvo semejante (11),—es aborrecido por los suyos (12); aquellos que él ama se declaran sus enemigos (13);—lo cogen entre sus uñas, como el pájaro es cogido por el cazador (14);—presenta sus mejillas á los que le abofetean y se deja saturar de oprobios (15);—se han dado treinta dineros para recompensar al que lo entregó (16);—y sus enemigos dijeron: condenémos-

- (1) Is. C. VII, 13 et seq.
- (2) Malach., cap. III, 1.
- (3) Is., cap. IX, 1, 2.
- (4) Psalm. XXXIX.
- (5) Is., cap. XLII, 3, 3.
- (6) Psalm. II.
- (7) Joel., cap. II, 23.
- (8) Jer., cap. XXXI, 31 et seq.
- (9) Is., cap. XXXV, 3 et seq.
- (10) Ibid., XXVI, 19.
- (11) Deut., cap. XVIII, 15 et seq., cap. XXIV, 10.
- (12) Psalm. XI., et LIV.
- (13) Ibid., CVIII.
- (14) Jer. Thren., cap. III, 52; cap. IV, 20.
- (15) Jer., cap. III, 30.
- (16) Zach., cap. XI, 12, 13.

le á la muerte más infame (1);—solvámonos de un leño para hacerle morir (2);—El entregó su alma y ha sido contado entre el número de los malvados (3).—Han horadado sus piés y sus manos y han contado todos sus huesos (4).—Le han dado hiel por alimento y vinagre por bebida (5);—los que le ven le insultan (6);—pero El ruega por los trasgresores de la ley (7).—Es el último de los hombres, conoce todos los secretos del sufrimiento (8).—Mas Dios le dará el precio de sus dolores, justificará un gran número de aquellos cuyas iniquidades ha llevado; el Señor le dará una numerosa posteridad, porque El se entregó á la muerte (9). Su sepulcro será glorioso (10);—Dios no permitirá que su Santo vea la corrupcion (11); sino que él lo sacará de las puertas de la muerte y le dirá: siéntate á mi diestra (12).—Es el príncipe de la paz (13),—su dominacion se extiende de un mar á otro mar, y hasta las extremidades de la tierra (14).—Dios le ha constituido jefe y preceptor de los gentiles (15),—su imperio se multiplica (16),—y los ídolos se

- (1) Sap., cap. XI, 20.
- (2) Jer., cap. XI, 19.
- (3) Is., LIII, 12.
- (4) Psalm. XXI.
- (5) Psal. LXVIII.
- (6) Ibid., XXI.
- (7) Is., LIII, 12.
- (8) Ibid., LIII, 2 et seq.
- (9) Ibid.
- (10) Ibid., cap. XI, 10.
- (11) Psalm. XV.
- (12) Ibid., IX—CXIX.
- (13) Is., cap. IX, 6.
- (14) Zach., cap. IX, 10.
- (15) Is., cap. LV, 4.
- (16) Ibid., IX, 7.

rompen en su presencia (1).—Su reino durará para siempre (2).—¡Oh santos profetas, qué hombre tan prodigioso nos anunciáis! Callad: no es un hombre; «su generacion es desde el principio y desde la eternidad (3).—¿quién la contará? (4).—Dios le ha dicho en un día que no tiene principio ni fin: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy, pídemela y te daré las gentes y las naciones por herencia (5).—Este es el Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, el Padre de la eternidad, Emmanuel, ó Dios con nosotros (6).—Este es Jehová, nuestro justo» (7).

Señores, ¿es acaso una historia lo que cuentan? No, todo es una profecía; hé ahí los oráculos de que están llenos los tiempos. Con un siglo de anticipacion un solo Profeta habria podido lanzarlos sobre el mundo tal cual acabais de oírlos, y esto seria sin duda una maravilla digna de la majestad del Hijo de Dios; pero para dar más fuerza á la prueba que de ellos debe sacar nuestra razon, y para prevenirse contra las discusiones del orgullo y de la mala fé, la sábia Providencia los siembra á través de largas edades, para que despues de haber recogido todos los fragmentos esparcidos de este mosaico, no podamos ya, sin locura ó crimen, rehusar de reconocer como el enviado del cielo, el libertador del género hu-

(1) *Ibid.*, II, 18.

(2) *Ibid.*, IX, 7.

(3) *Mich.*, cap. V, 2.

(4) *Is.*, LIII, 8.

(5) *Psalm.*, II.

(6) *Isai.*, IX, 6.

(7) *Jer.*, XIII, 6.

Suplico al lector que vea mi *Introduccion al dogma católico*, conferencias XVI y XVII, en donde están desarrolladas y explicadas estas profecias.

mano, el Dios salvador, á Aquel que los reproducirá en su persona, en su vida y en su obra, con exacta semejanza.

No hay que perder una sola pieza de este mosaico profético. Estos tranquilos; un pueblo protegido lo guarda con un cuidado celoso, y si alguna vez el olvido invade su memoria, pronto las maravillosas intervenciones de la Omnipotencia divina le advierten del depósito que le está confiado. Desde Abraham, el padre de los creyentes, hasta los Macabeos que preservan su nacion de una suprema apostasia, ¿no están llenos los tiempos de prodigios?—Prodigio, la vida de los patriarcas, cuya alma religiosa conversa con el cielo, cuyos pasos son guiados por el Angel del Señor; cuya tienda ambulante es en todas partes respetada. Prodigio, la exaltacion de José en la corte de Faraon. Prodigios, la vocacion de Moisés, las plagas de Egipto, la marcha triunfal de los hijos de Jacob por entre los liquidos muros del Mar Rojo y el ahogamiento de los egipcios. Prodigios, los azotes que castigan las murmuraciones y las blasfemias. Prodigios, el maná y las aguas que brotan para apagar el hambre y la sed de una muchedumbre desfallecida. Prodigio, el largo camino por el desierto. Prodigios, los rayos y truenos del Sinai, la gloria de Moisés y la ley santa grabada por los nueve Querubines en tablas de piedra. Prodigios, la caída de los muros de Jericó al sonido de las trompetas sagradas, y la obediencia del sol que se detiene por mandato de Josué, para darle el tiempo de la victoria. Prodigios, los triunfos de Gedeon y las hazañas de Sanson. Prodigio, el valor de aquellas mujeres osadas que salvan á su pueblo matando al enemigo. Prodigios, la grandeza de David y la sabiduria de Salomon. Prodigio, los ejércitos exterminados por los ángeles. Prodigios, las libertades

que suceden á los cautiverios. Prodigio, el misterioso enternecimiento que se apodera del corazón de los reyes, y que permite á los hijos de Judá reconstruir los muros y el templo de la triste Jerusalem. Prodigios, la santidad, los heroicos esfuerzos y las victorias de los Macabeos. Prodigios en el cielo, prodigios en la tierra, prodigios espirituales, prodigios temporales. Los tiempos están llenos de prodigios.

Al mismo paso que los prodigios que conservan los oráculos, marchan las catástrofes que los propalan. El pueblo judío es castigado por sus infidelidades; pero no siempre es el mismo enemigo quien se lanza sobre su cuerpo mutilado. Los grandes imperios vecinos sufren á su vez trasformaciones desastrosas. El antiguo Egipto, tan orgulloso con la fertilidad de sus campos y con la riqueza de sus ciudades, con la ciencia de sus sacerdotes y con la gloria de sus Faraones, grandes hasta en la misma muerte, con la sabiduría de sus instituciones y con el poder de sus armas, que han llevado el espanto á la ribera del Indo; el antiguo Egipto, dice Bossuet, acaba su vida enervado, aturdido y desfallecido, porque el Señor ha enviado sobre él un espíritu de vértigo; ya no sabe lo que se hace; está perdido (1), y sucesivamente es hecho presa de un Sabacon ó de un Cambises. En las márgenes del Tigris se levanta Ninive; esta es la herencia del hijo de Nemrod. ¡Marchad, Nino, al frente de vuestro millon de guerreros; asolad en vuestras ligeras expediciones la India y el Egipto; engrandeced vuestra capital con mil y quinientas torres; dadle un circuito de tres días de camino! ¡Y vos, ilustre Semiramis, edificad ciudades y allanad montañas! En segui-

(1) *Discours sur l'histoire universelle*, 3.<sup>a</sup> part. cap. VIII.

da vendrán reyes valerosos, y todo será arruinado por un voluptuoso que de antemano ha grabado sobre su tumba este epitafio impio: «Viajero, escucha el consejo de Sardanápalo, fundador de ciudades; come, bebe, rie, que todo lo demás es nada.» El imperio ninivita cae en poder de Arbaces y de Belesis que se lo reparten, y la misma Ninive se rinde muy pronto á los golpes de Babilonia su rival. Y ved ahora á Babilonia, esa ciudad soberbia, cuyo nombre pasará de generacion en generacion como figura de inmensidad, de esplendor y de corrupcion. ¡Vedla cómo se levanta orgullosa á las orillas de su Eufrates que la atraviesa y la ciñe con sus brazos protectores! Vedla llena de maravillas que nadie iguala, ni acaso igualará jamás. ¡Vedla cómo se gloria de sus palacios, de sus templos, de sus jardines pensiles, de sus bosques sagrados, de sus enormes murallas, de la multitud que se agita en su vasto seno, del génio de sus reyes, de la audacia de sus capitanes, de la valentia de sus soldados, de la ciencia de sus adivinos, de la proteccion de sus dioses! El gran Nabucodonosor contempla con orgullo tantos esplendores, y desde la azotea de su palacio insulta la fortuna de las naciones y la majestad del mismo Dios. Pero, miralo bien, rey insensato. Sobre Baltasar tu hijo vendrá el Ciro profetizado, y sólo una noche bastará para hacer pasar tu imperio á manos de los persas. Los persas triunfantes y dueños del Asia, llevan al Africa sus armas victoriosas. En un instante esperan la conquista de la Europa y del mundo entero, mas la Grecia comienza á poner en movimiento sus fuerzas. Unificada por la astucia de Filipo, confia sus destinos á un héroe. Los días de la Persia están contados. Dario, por muy justo que sea, y valiente, y animoso, y querido de sus pueblos, no puede ya sostener-



se ante una audacia que el géneo y una ambicion desmesurada empujan. Alejandro, vencedor ante los muros de Isus, y en los campos de Arbela, triunfa en Babilonia, y continúa su marcha hasta la ribera del Indo. La tierra estupefacta no responde á sus victorias más que con el silencio. Mas hé aqui que en una orgia desaparece Alejandro y con él su raza y su imperio. Todas las bestias de la vision profética se han devorado una tras otra. El último festin se reserva para la última bestia que Dios viene preparando desde siete siglos. Roma se lanza. En sus brazos de hierro ahoga uno en pos de otro los reinos agonizantes y cubiertos aún de las llagas sangrientas abiertas por su ruía espada. Mas voráz que los animales que la han precedido en el camino de los siglos, ella se alza con todo: obras maestras, leyes, costumbres, hombres y dioses. Ella es la dueña de todo. Los tiempos están llenos de catástrofes.

Señores, una filosofia vulgar no alcanza á ver en estas catástrofes sino juegos de pasiones y de fortuna; pero una filosofia más alta y más sana adora en ellos los castigos de la divina justicia; y los que han sido iluminados por la fé admiran en todo las preparaciones de Dios, ordenando las revoluciones del mundo á la venida del Prometido. Observad, os ruego, que estos grandes imperios que se van sucediendo, chocan todos á su vez contra el pueblo de Dios, le hieren y le dispersan. El Egipto ha recibido ya la visita de Abraham y de los hijos de Jacob. Sus tropas victoriosas llevan cautivos á los hijos de Israel, y despues de la ruina de Jerusalem, el anciano Jeremias se sienta á llorar con sus compañeros de infortunio á la orilla del Nilo. Jonás predica en Ninive y Salmanasar lleva al destierro las diez tribus separadas, y los reyes de Asiria con-

templan con admiracion las virtudes de Tobias. Nabucodonosor prende el resto del pueblo judio. Ezequiel y Daniel profetizan en el corazon de su imperio, y cabe los rios de Babilonia lloran los hijos de Sion sus desventuras y cantan sus esperanzas. Ciro emprende darles libertad. Asuero se desposa con la bella Estér. Alejandro se detiene lleno de respeto ante la majestad del gran sacerdote Jaddus, y va al templo de Jerusalem á adorar á Jehová: uno de sus sucesores hace traducir al griego los libros santos. En fia, Roma firma sus tratados de alianza con los Macabeos. Los judios, dispersados por las catástrofes, dejan por todas partes hermanos que las divulgan, y de ahí ese prurito de viajar, esas idas y venidas que llenan los dos últimos siglos. Los hijos de Jacob levantan sus tabernáculos hasta en el centro de Roma. Consigo llevan sus oráculos; los gentiles pueden oírlos, reavivar sus recuerdos, corregir sus tradiciones y unirse á la esperanza del Libertador. Con razon, pues, he llamado solemnes y beneficiosas las catástrofes. A medida que se opera la difusion de las promesas divinas, se prepara también su cumplimiento. Todos esos pueblos caidos son como estratificaciones sobre las cuales se apoya la dominacion universal del pueblo-rey. Las luces de la civilizacion, difundidas por todas partes, irán á formar en torno del Libertador una aureola que no permitirá á la impiedad de los siglos venideros dudar de su existencia. El universo, sometido á un solo poder, comprenderá mejor el poder universal de Cristo sobre los espiritus. Los grandes caminos abiertos por los generales y procónsules, ayudarán á los apóstoles á promulgar la buena nueva. Y el imperio mismo, el imperio convertido un dia en su jefe, proclamará el reino de Jesucristo, y le cederá la capital. Toda car-

ne verá la salud de Dios: *Videbit omnis caro salutare Dei* (1).

¡Oh Dios mío! bien podríais vos confundirnos bajo el peso de un impenetrable misterio; pero no, vuestra bondad nos permite comprender y explicar las tardanzas de vuestra Providencia. Enviad el que ha de venir. Los tiempos están llenos de promesas; que él las cumpla: los tiempos están llenos de prodigios; que él los corone con la inaudita maravilla que Jeremías anunciaba: los tiempos están llenos de catástrofes; que él se aproveche de ellas para establecer su reinado de paz. Todo está dispuesto, Señor; el mundo moral, tan larga y profundamente probado por vuestra Omnipotencia, espera con ansia vuestra palabra creadora; pronunciadla. No aquella de los primeros días: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza; sino esta otra más misteriosa y llena de amor: Hagamos á Dios á semejanza del hombre.

¿Lo veis claro, señores? ¿Abrigais en vuestro espíritu alguna preocupacion que, cual nube siniestra, intercepte la luz de las explicaciones que acabais de oír? La gloria del Verbo encarnado debe ser separada de la salud de las almas. Con la tardanza de la encarnacion que tiene por efecto suspender su virtud reparadora, Dios pierde necesariamente, sacrificando muchedumbres inmensas que no pueden ser redimidas, todo el honor que parece ganar con la solemnidad de sus preparaciones. Si tal es vuestro pensamiento, desengañaos. La eficacia de la redencion precede á la aparicion del Redentor. «Cristo es de ayer, es de hoy y es de todos los siglos,» dice el Apóstol (2). El cordero fué virtualmente inmolado

(1) Luc., cap. III, 6.

(2) Christus heri, et hodie, ipse et in saecula. (Heb., cap. XIII, 8.)

desde el principio de los siglos y desde entonces comenzó su libro de vida (1). En virtud de sus méritos futuros recibe toda alma la gracia de la salvacion desde el día en que el pecado entró en el mundo hasta el día en que se consumó el sacrificio del Calvario. La fé explicita que nos es pedida, no era necesaria á las generaciones que vivian en la esperanza del Libertador. Bastábase creer en un Dios que recompensa á los que le buscan con sinceridad (2), y esperar de su bondad verse libres de las miserias del pecado (3). Pues bien; á pesar de los errores y crímenes del género humano, nadie era incapaz de esta fé y de esta esperanza, «porque la gracia, dice Santo Tomás, á nadie falta, á todos se comunica en cuanto es de su parte» (4). Dios, con retardar la venida de su Prometido, no ha sacrificado la salvacion de ninguna alma, creedlo bien. Ha multiplicado las lecciones de su justicia para ensenanza del hombre; ha velado porque las tradiciones y el deseo del libertador fuesen por todas partes conservados; ha permitido que su pueblo fuese agitado, como un vaso, por las revoluciones y las catástrofes, para derramar sobre los gentiles el perfume de sus creencias,

(1) In libro vitae agni qui occisus est ab origine mundi. (Apoc., cap. XIII, 8.)

(2) Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus eum remunerari sit. (Heb., cap. XI, 6.)

(3) Si qui tamen salvati fuerunt quibus revelatio non fuit facta, non fuerunt salvati absque fide mediatoris; quia si non haberent fidem explicitam, haberunt tamen fidem implicitam in divina providentia, credentes Deum esse liberatorem hominum secundum modos sibi placitos, et secundum quod aliquibus veritatem cognoscentibus spiritus revelasset. (Summ. Theol. II.º II.º aa. quest. 2.º art. 7.º ad. 3.)

(4) Deus vult omnes homines salvos fieri, et ideo gratia nulli deest, sed omnibus, quantum in se est, se communicat. (In Epist. ad Heb., cap. XII. Lect. 3.)

de sus promesas y de sus esperanzas. Revolved la tierra funeraria de los imperios: en todas partes hallareis huesos de Israel mezclados con los huesos de las naciones. La penetración de los oráculos estaba prevista: el anciano Jacob la anuncia á sus hijos al morir (1). Ella fué tan larga y tan profunda que uno de los últimos profetas no temió llamar al que habia de venir, el Deseado de las gentes (2). Y los mismos autores paganos nos muestran todo el Oriente embebido en la creencia de que el Dominador de los pueblos vendria de la Judea (3). Y fuera de esto, ¿qué sabeis vosotros de las operaciones de la Providencia en las almas? No, señores, no; la longura de las preparaciones divinas no ha dañado á la salud de las almas, y Dios al satisfacer su justicia y su sabiduría, no ha impuesto jamás silencio á su bondad. Estad bien persuadidos que los mismos que se perdieron no atribuyen su eterno infortunio á la tardanza de la redención, sino á su mala voluntad propia que no ha querido aprovecharse de las preparaciones de Dios.

¿No es esto lo que sucede todos los dias, y á vosotros mismos que estais rociados con la sangre de la redención? Cada año os está repitiendo la Iglesia esta solemne advertencia: «Hé aquí el tiempo favorable, hé aquí los dias de salud (4); preparad los caminos del Señor» (5). Y sin embargo los tiempos están llenos de

(1) Et ipse erit expectatio gentium. (Gen., XLIX, 10.)

(2) Et veniet desideratus cunctis gentibus. (Agg., II, 8.)

(3) Percrebuerat oratio toto vetus et constans opinio, esse in fatiis ut eo tempore Judaea profecti rerum potirentur. (Sueton., De duodec. Caes., Lib. VIII, Vespas., cap. 4.)

(4) Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II. Cor., cap. VI, 2.)

(5) Parate viam Domini. (Is., cap. XL, 3.)

las ilusiones y errores de vuestra juventud, cuya vanidad y locura comprendéis en la madurez de la razón; llenos de faltas y acaso de crímenes, de cuyo peso quisiera deshacerse vuestra conciencia atormentada; llenos de los deseos de una paz que los remordimientos hacen imposible; llenos de las promesas de una enmienda que la Iglesia no cesa de pedirnos; llenos de prodigios, de ternura y de obsequios espirituales, que vosotros recibís de vuestras esposas, de vuestros hijos y de vuestros amigos; llenos de catástrofes saludables que no han contristado vuestros hogares sino para que os volvais á Dios; ¡y aún así no queréis recibir á Aquel que viene á vosotros! ¡Ah, Dios miol convertid Vos mismo en este dia todas estas almas que yo no puedo conmover, y permitidme que pueda decíroslos muy pronto, al darles vuestro Verbo anonadado en el sacramento de amor: La plenitud de los tiempos ha llegado para vosotros, Dios os envía su Hijo. *At ubi venit plenitudo temporis misit Deus Filium suum.*